

El recuento de los daños

Cuando uno llega a la página 238 de *El recuento de los daños*¹ si es que tiene la paciencia y el tiempo para hacerlo —se pregunta por las intenciones que tuvo Joaquín Armando Chacón para escribir una novela tan mimética, dispersa, anacrónica— a pesar de sus pretensiones de jugar con los cambios de punto de vista, los diálogos confusos y apresurados, sus homenajes a Joyce, José Emilio Pacheco, Camilo José Cela, Carlos Fuentes, Proust, Juan García Ponce y mil otros autores admirados por el minucioso cronista de una Cuernavaca vista desde la mesa de un café. *El recuento de los daños* es una novela larga y aburrida en muchos fragmentos, aunque de prosa muy cuidada e inteligente en otros.

Cuernavaca revisitada, Cuernavaca de la nostalgia, refugio de los intelectuales que huyen del D.F. y del resto del mundo, Cuernavaca con personajes sosos, intrascendentes, que se suicidan o hacen el amor o emprenden obras literarias desapasionadas y morosas —como *El recuento de los daños*—; Cuernavaca que quiere volver a ser centro del mito, Quauhnhuac, la de Lowry, ciudad que termina por derrotar a unos seres que parecen dedicarse solamente al chismorreó en los

café, Cuernavaca es el tema central, el espacio, la tumba en la que yace esta novela con la que el autor obtuvo diez millones de pesos (ganado el Premio Novedades y Diana 1987).

A partir de la página 300 me di por vencido. Comencé a saltar un fragmento, luego dos y finalmente, lleno de júbilo —y triste por la enorme, lamentable, pérdida de tiempo— me lancé al último capítulo que ni siquiera con buena intención pude leer. Eso sí: declaro haber leído completo el último párrafo y una frasecita que tenía su palabra en cursivas y en la que, según parece, el autor quiso cifrar el sentido final de la novela: “—El lugar entre los árboles— el viejo O’Netty sonríe, apagando el cigarrillo en el ceniceró. Dicen que aquí estuvo, hace muchos años, el lugar de la alegría. *Quauhnhuac*. ”

La experiencia de *contar* una ciudad ha sido emprendida por Fuentes en *La región más transparente*, por Camilo José Cela, en *La Colmena*, por Joyce en *Ulises*, por Dos Passos, en *Manhattan Transfer*, por Durrell, Proust, Miller y muchos otros autores, pero en general éstos tenían algo que decir, algunas ideas, concepciones sobre el amor o la vida o la política. Chacón no parecía tener otra cosa que un cuaderno para apuntar los chismes que escuchó en un café y los apuntes de su diario íntimo (que se reduce, como el de muchos escritores, a registrar los coitos con unas y

otras chicas leves y los planes de escribir obras literarias).

Creo poder explicar el porqué le dieron el premio: Joaquín Armando Chacón sabe escribir —redactar diría, para ser más preciso— con envidiable corrección, lo que no es corta ganancia en la actualidad.

Pero entonces habría que hacerle una discreta sugerencia a los organizadores del concurso: ¿por qué no llamarlo “Premio Novedades y Diana a la mejor redacción de más de 200 páginas y menos de 250”? Sería una gran ganancia aceptar las limitaciones de los jurados: si no tienen tiempo para leer 300 manuscritos, por lo menos pueden degustar una página aquí y otra allá, para percatarse de que los latinoamericanos aún no hemos olvidado el difícil arte de escribir correctamente.

Creo que la enorme falla de la novela es que todo proviene de otros autores: los gustos del protagonista, los “planteamientos estructurales”, los diversos estilos. Lo que sí es propio es el vacío existencial del protagonista, su incapacidad de lograr otra felicidad que no sea la erótica (campo en el que logra sus mejores, incluso memorables páginas el autor, quien desea disfrazar su insoponible biografía con la explotación irracional, antiecológica, de la pobre ciudad de Cuernavaca.

Habrà que anotar la cuasi lectura de esta obra dentro del recuento de los daños que nos dejó 1987.

¹ Chacón, Joaquín Armando, *El recuento de los daños*, Diana, 1987.